

«nobles», como la lanza o el montante, aunque «hidalgamente» cederá a su enemigo la ventaja de utilizar las que éste prefiera y en las que se halle «más diestro». Chanfarron, por su parte, no renuncia a ninguna ventaja; pese a estar acompañado de todo un ejército pretende que sea Azcue quien acuda a su terreno, a la otra orilla del río, sin darle ninguna garantía porque, como advierte Garibay, su intención era en el mejor de los casos «combatir con pica», la única arma con la que se siente seguro; o, peor aún, hacer prisionero a traición al guipuzcoano. Nuevamente, Azcue sabe dar la justa réplica, comprometiéndose con «palabra de hidalgo» a «que sólo él combatiría con su persona y sería de los otros muy seguro». Poco nos importa que se trate en el fondo de una añagaza para ganar tiempo. El caso es que ni siquiera fictivamente Chanfarron está a la altura del capitán, y que su calidad de gentilhomme resulta ser pura fachada. Así se revelará finalmente cuando acuden los refuerzos que esperaba Azcue, y Chanfarron, víctima del «espanto», emprende la fuga con los suyos «a mayor priessa de la que habían traído». La huida es deshonrosa en grado máximo, puesto que Chanfarron y sus gascones la inician «sin esperar a mucho ruido de romper lanzas y picas».

Pero no se trata sólo de que las acciones desmientan lo que Chanfarron pretendía ser. En realidad el propio «ser» (ser 'gentilhomme') estaba ya negado desde el principio, es decir desde que Garibay al presentarnos al francés nos informa, sin hacer comentario alguno, de que además de ser gascón, «animoso» y «soldado viejo», Chanfarron era «hijo de un fraile». Para sus contemporáneos de la España del XVI, y con mayor razón para tan empecatado y riguroso genealogista como Garibay, no podía existir mayor causa de incompatibilidad con la hidalguía, o la 'gentil-hommerie'.

Por su parte, los que acosan a la guarnición francesa ya vimos que eran descritos por su hábito, «casi pastoril» y de «capote de sayal». Garibay y cualquiera de los aficionados a las etimologías que abundaban entonces en el país, habrían derivado sin dudar el *kapusai* («capisayo») vasco de ese capote o capa de sayal, si es que no preferían, *more* larramendiano, derivarlo a la inversa. Creo muy probable que el cronista haga aquí una traducción implícita y esté pensando en la palabra que en la lengua autóctona designaba la vestimenta que caracterizaba a sus paisanos del ámbito rural. Pero es seguro, en cualquier caso, que Garibay tenía presente un refrán castellano muy difundido en su época: «Debajo del sayal hay ál», que como otros similares («Debajo de la mala capa hay buen bebedor», etc.), nos advierte de que las apariencias engañan. El anterior gobernador francés de Fuenterrabía, Monsieur de Luda, lo había comprendido así, muy a costa suya, y procura transmitir en vano su experiencia a Chanfarron,

previniéndole de que esos aparentes rústicos eran soldados temibles y «hacían cosas muy señaladas».

Ya hemos visto, por otra parte, cuál era la respuesta de Azcue cuando Chanfarron pregunta a los que estaban a la otra parte del Amute «si había entre ellos algun gentil hombre». Al contestar que «sí había», Azcue no está diciendo que él sea el único «hidalgo», aunque eso es lo que Chanfarron erróneamente entiende. Si Azcue asume el reto es por ser el jefe de la partida, y no porque sus seis compañeros no sean tan hidalgos como él. Por si alguna duda hubiera de ello, bastará recordar cómo resumía Garibay el resultado final del combate: «Fueron muertos en este rencuentro y batalla más de trezientos franceses y presos más de cuatrocientos; con los cuales y con su capitán Chanfarron volvieron *estos hidalgos* triunfantes a Irún». Es decir que hidalgos eran no sólo los siete de la partida de Azcue, sino todos los de Irún, Oyarzun y Rentería que tomaron parte en la batalla; en suma, todas las gentes «de capote de sayal».

Estos hidalgos «disfrazados» o, si se quiere, «ocultos», mostraban ya su peculiar falta de fachada aparente, en su forma de combatir: «a los principios nunca se mostraban en las escaramuças sino dos o tres, pero después se juntaban en breve espacio a centenares». Todo lo contrario de Chanfarron, que anuncia desde el principio sus propósitos de incendiar Irún y sale a plena luz («a las diez horas antes del medio día»), exhibiendo su ejército a banderas desplegadas («ordenando el escuadrón»), y colocándose él en el lugar más visible («... se puso el primero en la avanguardia de su gente»).

En suma, al enfrentar a un gentilhomme, que resulta no serlo tanto (o no lo es en absoluto), a unos hidalgos sin hábitos ni otros signos externos de hidalguía, Garibay tenía muy presente la idea de la «hidalguía universal» que ostentaban todos sus paisanos por el hecho de ser naturales de «Vizcaya», o de la «Cantabria» que incluía, según una concepción histórico-geográfica que tardó aún algún siglo en abandonarse, a los guipuzcoanos¹⁰. Aunque él mismo advertía que «gentil hombre es lo mesmo que español hidalgo», ello sólo es cierto en parte. Tal vez *gentilhomme* equivalga conceptualmente a *hidalgo* con toda exactitud (aunque tengo mis dudas), pero no eran desde luego términos idénticos en su extensión. Para un francés de la época hubiera sido sencillamente inconcebible admitir que el estatuto de gentilhomme podía aplicarse «territorialmente», y ser disfrutado por igual por todos los habitantes de una determinada región; es decir un área en la que serían mayoría, como en cualquier región de Francia, quienes poseían escasos bienes de fortuna. Lo cierto es que en cuanto a las virtudes militares que se suponían anejas a la hidalguía, el texto de Garibay muestra que para el cronista la hidalguía universal de los vascos no era ningún mito (o, en caso de serlo, sería un convenientísimo mito). El primer error

¹⁰ El propio Garibay se califica a sí mismo como «de nación Cántabro, vezino de Mondragón, de la Provincia de Guipúzcoa», en la portada del Compendio histórico.

de Chanfarron es su ignorancia y, a la vez, su incapacidad de comprender que existían distintos tipos de «gentilhombres», por lo que vestir de sayal no era incompatible con la calidad de hidalgo. Cuando Garibay dice que Chanfarron traza su plan de ataque «no estimando a los enemigos en *el grado que era razón*», no creo que se refiera simplemente al bajo grado o «cantidad» de su perspicacia militar; le está reprochando, más bien, la incapacidad de reconocer bajo el disfraz el peculiar «ser» (ser hidalgos) de sus enemigos.

II. Conducta individual vs. acción comunal

Una oposición concomitante con la anterior es la que se establece entre el individualismo a ultranza que preside la conducta de Chanfarron y la actuación colectiva de los naturales de la tierra. El capitán gascón decide por su cuenta atacar Irún, como si de una cuestión personal se tratara, sin atender a la opinión del gobernador en funciones de Fuenterrabía, Mr. de Luda, quien contra su voluntad (y «por no mostrar alguna pusilanimitad») se ve obligado a colaborar en la empresa, después de verse desautorizado. Ya hemos visto, después, a Chanfarron caminar solo, a la vanguardia del ejército, con su pica al hombro. Cuando se encuentra, a mitad del camino, con un grupo ridículo (en términos numéricos) de enemigos, se desentiende de su objetivo militar y detiene la marcha de sus mil hombres para proponer un combate individual, como si quisiera emular a Carlos el Temerario. Peor aún, fascinado por su rol de caballero andante (con pica), se deja embaucar con los formulismos del desafío mientras da tiempo a que el mucho más «avisado» capitán Azcue puede dar la alarma en varias leguas a la redonda. Como sentencia Garibay: «Desto [de la conducta 'exhibicionista', impropia de un jefe militar] sucedió el daño y perdición de Mosiur de Chanfarron». No sólo de Chanfarron, porque el mismo Garibay al dar su moraleja final explica que son todos los franceses de Fuenterrabía los que quedaron «muy quebrantados con tal daño, *resultado de soberbia*». El daño es de todos, aunque la soberbia le cupiese en exclusiva a Monsieur de Chanfarron.

El historiador guipuzcoano parece haber sido hombre sin el menor atisbo de sentido del humor; y aun así, debe de haberse contenido no poco para dejar de exteriorizar una homofonía que planea por todo el relato: 'Chanfarron / fanfarrón'. Agradecemosle que no la hiciera explícita y que no aprovechase un «cabe de a paleta» que otros historiadores coetáneos (por no hablar de un Gauberto Fabricio de Vagad, ya en el siglo XV), menos sobrios, no habrían dejado pasar de largo.

En el polo opuesto del modelo ejemplificado por Chanfarron, se sitúa Pérez de Azcue. Tan pronto como barrunta el designio de los franceses, envía un mensajero para llamar a rebato y convocar («apellidar») a los de Irún, Oyarzun y Rentería, al interés común: «a la defensa de la tierra y ofensa del enemigo». Si Azcue adquiere después cierto protagonismo personal en la lid verbal que sostiene con Chanfarron de orilla a orilla del río, ya hemos visto el espléndido uso del impersonal («sí había») con que responde al francés. Todo el resto de la conversación es, por parte de Azcue, simple pirotecnia para encandilar la vanidad del Mosiur y ganar tiempo, hasta que «toda la tierra de Irún» —de nuevo una certera forma de designación impersonal o, si se quiere, comunal— «tuvo lugar de poderse juntar», y llegan Díaz de Rojas y Ambulodi con sus gentes de armas.

El duelo personal, con los rituales arcaicos que tanto complacían al francés y que no tuvo lugar entre Chanfarron y Azcue, se convierte como por ensalmo en una carnicería generalizada, impersonal, de franceses. El capitán de los de la tierra no desperdiciará la ocasión de herir mortalmente a un Chanfarron previamente «ojeado», pero ni siquiera se detiene a cobrar su presa: «sin curar más de él, pasó adelante en el seguimiento de la victoria». Y, por supuesto, no corta la cabeza del caído; porque, aunque a Zaldibia le pese, ¿de qué sirve cargar con una cabeza cuando se persigue a todo un ejército en desbandada? Mientras Azcue llega con los suyos hasta las murallas de Fuenterrabía, Chanfarron, tendido en el lodo, agoniza definitivamente solo. Ese «lodo» tiene, desde luego, connotaciones no literales y que no pueden ser más evidentes. Si Garibay hubiera querido jugar aquí la carta del historiador moralista y sentencioso, habría podido muy bien colocarnos un discurso confrontando las respectivas etopeyas de sus personajes. Es lo que hubiera hecho, por ejemplo, el padre Mariana, como lo hizo en otros casos asegurándose su fama póstuma de gran historiador y gran escritor; y, dicho sea de paso, con toda justicia.

Agradecemos a Garibay, por segunda vez, que nos haya ahorrado los discursos, las sentencias y las moralidades porque, otras razones aparte, eran del todo innecesarias. A cambio, nos proporciona como epílogo el relato de las tristes circunstancias en que murió Pérez de Azcue, muy poco después de la victoria sobre Chanfarron en la que tuvo tan decisiva parte:

Era el Capitán Juan Pérez de Azcue tan belicoso que aun de noche procuraba de molestar a los Franceses de Fuenterravía, matando las guardas y centinelas que estaban en las murallas; resultándole del sobrado ánimo la muerte, porque una noche, yendo al fosso de Fuenterravía a semejantes efectos, mandó a un soldado de su compañía, llamado Juan Pérez de Cigarroa, que tirase con la escopeta a un Francés que hacía guardia en la muralla; y, al tiempo de disparar, con la obscuridad atravesándose el Capitán por delante, le pasó con la bala la cabeza, y murió al punto en el mismo fosso con grande sentimiento de todos. Con el cuerpo muerto venidos a Yrún,